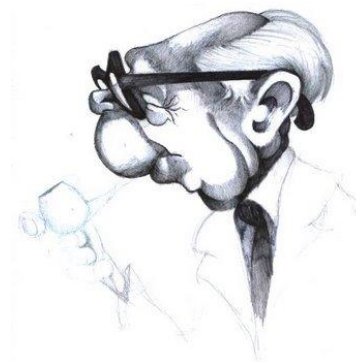


Luis Alberto Sánchez

Discurso: Sobre la “generación vetada”¹

Discurso pronunciado en el Banquete realizado el 30 de Octubre de 1959, celebrando el 50 aniversario de la publicación de su primer libro.



Lo que vais a oír, escrito y dicho sin énfasis, no es un discurso. Es una confidencia en voz alta, para retribuir de algún modo el don que me otorgáis esta noche. La única moneda proporcionada y posible, para ello, es la de una escueta sinceridad. Entregándola, digo, entregándome, me acercaré siquiera un poco a la generosidad que ahora me aturde, con aturdimiento de que desearía librarme para corresponder al excesivo homenaje de que me siento en este momento no recipentario, sino detentador.

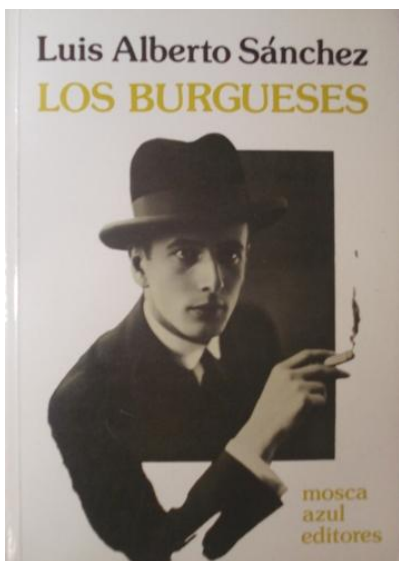
Sería incurrir en ritual, mas no por eso menos lamentable pescado de vulgaridad, decir que esta fiesta esta totalmente inmerecida. La acepto orgullosos, porque la comparto a plenitud con una generación que, a pesar de algunos notorios triunfos individuales, ha sido como pocas, según atinada frase, una generación vetada. Si ahocaras, según atinada frase, una generación vetada. Si ahora empieza a alumbrarla, pálido el sol de invierno, el reconocimiento público, atrista pensar que ello ocurra a la hora crepuscular, cuando se inicia el inevitable ocaso.

José Jiménez Borja, con su habitual anchura de espíritu, incapaz de regateos, fuente inagotable de estímulos, maestro al fin, ha tenido la bondad de referirse a algunas empresas mías. Y dos compañeros de generación de la generación del Centenario, Raúl Porras, meritísimo historiador y elitista y no menos egregio Canciller de la República, y José León Barandiarán, afamado jurista y sagaz Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, han vertido expresiones sólo debidas su inagotable benevolencia.

No obstante, aunque profundamente agradecido a esas palabras, quiero insistir y subrayar que en mí se rinde homenaje de reconocimiento a un grupo de hombres que, en su mayor parte, sin halagos y contra muchas dificultades, decidió, desde su primera juventud, entregarse al servicio del Perú, tratando de compenetrarse con sus problemas en sus dimensiones pretéritas y actuales, sin otro propósito de contribuir a esclarecer el camino de todos, comenzando por el de nosotros mismos. Si algo obtuvo, yo creo que ha sido mucho, alegrémonos todos y extendamos la espiritual belleza de la reunión que nos congrega a esa promoción, una de las más agónicas, de las más laboriosas de las más combatientes y de las más combatidas de nuestra historia.

Si las generaciones se renuevan cada quince años, la nuestra inicia su actividad entre 1915 y 1930, es decir que de ella formarán parte los nacidos entre 1890 y 1905.

¹ Transcrito para <http://oizquierdo.blogspot.com> del original en *La Universidad no es una Isla...: Un estudio, un plan y tres discursos*. Ediciones Peru 1961. Pp. 195-205



Llegamos a la vida cuando el país empezaba a recuperar el equilibrio, perdido a consecuencia de la entonces reciente guerra del Pacífico. Desconcierto, entusiasmo, nacionalismo y rencor fueron las inevitables hadas madrinas de nuestros primeros pasos. Para acrecer tan dura carga sobrevino la Primera Guerra Mundial: no nos fue permitido un instante de solaz. Compelido a tomar facción, hubimos de participar en el perentorio choque de dos ideología y dos praxis, y, bajo la presión de intereses o principios antagónicos, sin lugar para ensayar libremente nuestra adolescencia, nos vimos obligados a adoptar doctrina y conducta que, pese a aparentes diferencia radicales, representaron una militancia y, por tanto, a menudo, rebeldía. Llegamos a la vida en un momento desfavorable. Según expresión corriente, “todos los asientos del ómnibus

estaban ocupados”. Presionados por ello, hubimos de escoger forma de vencer, quizá antes que de convencer. La pugnacidad y la adustez resultantes, el individualismo insobornable y al par, a disciplina férrea que nos impuse la realidad, no fueron fruto de azar ni de capricho: nacieron de una invencible exigencia de las circunstancias.

Si hacemos el balance de expectativas, éxitos y fracasos, vendremos a comprobar que pocas generaciones han sufrido, a la larga, mayores pretericiones y más inapelables vetos. Tuvimos que tratar de realizarnos a despecho (o quizá a favor) de tan fatal sino.

Una veloz revista de algunos de los más caracterizados elementos de esa promoción, tanto en el aspecto literario como en el cívico, en el artístico como en científico, permite comprobar con que desoladora frecuencia buena parte de sus mejores elementos hubo de formarse, crecer y propagarse espiritualmente lejos de la patria, sin apoyo y sin libertad, forzados por imperativo de que es preferible no hacer caudal ni recuerdo. Impropias fueron las condiciones en que se educó y maduró nuestra generación. Si hubiera dudas, consideremos el mensaje de alegría y de amargura, de asentimiento y rechazo que significan nombres tan dispares como los de César Vallejo y Alfredo González Prada, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, Raúl Porras y José Jiménez Borja, Jorge Basadre y José León Barandiarán, Ramiro Prialé y Luis E. Valcárcel, Pedro Beltrán y Arturo Sabroso, Pablo Abril y Luis López Aliaga, Luis Heysen y Oscar Herrera, Alberto Arca Paró y José Luis Bustamante, Carlos Sánchez Málaga y Antenor Orrego, Emilio Romero y Juan José Lora, José Sabogal y Luciano Castillo, Eleazar Guzmán Barrón y Luis Florez, Jorge Guillermo Leguía e Hildebrando Castro Pozo, Julia Codesido y Juan Francisco Valega, Carmen Saco y Alberto Hidalgo, Manuel Abastos y Xavier Abril César Moro y José Quesada, Carlos Manuel Cox y Alberto Guillén, Manuel Seoane y José Luis Velásquez, Enrique Peña y Alberto Hurtado, Cristóbal de Losada y Fortunato Quesada, Daniel Ruzo y Guillermo Luna Cartland, Alafos de Silva y Pedro Muñiz, Teodoro Valcárcel y Ricardo Vegas García, et sic de coeteris.

Ahora bien, si examinamos nombre a nombre y obra a obra, comprobaremos que buena parte tuvo que forjarse de elementos al parecer contraproducentes: destierro, acallamiento, violencia y

melancolía, y que indeseables y mutilantes discriminaciones dieron origen, por una y otra causa a metódicas, injustas y crueles posposiciones.

No lo digo en son de queja ni protesta. Felizmente ya pasó ese tiempo. Lo señalo como un hecho, para que sirva de sólido cimiento a un vasto y vigoroso edificio: el de la grande y verdadera cultura nacional.

Es impar fortuna que, al cabo de todo lo ocurrido y transcurrido, dirigidos por solitarios caminos, se vislumbre y a la grata posibilidad, diría certeza, de aunar esfuerzos y, entre todos y por encima de viejos diferendos, descubrir y afianzar un nuevo y fecundo destino para el pueblo del Perú.

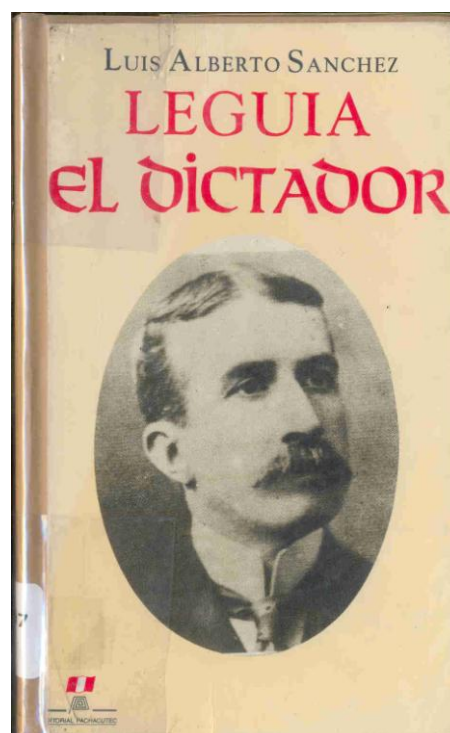
De todos modos, aunque dicho a título de memento, es lo cierto que salvo algunas dichas excepciones, mi generación vivió la mayor y mejor parte de su existencia en permanente “noche triste” y que a su dramático conjuro hubieron de crecer nuestros sueños y retorcerse nuestras esperanzas. De ahí que, cuando uno de los miembros de esta “generación vetada” se le brinda la oportunidad de una celebración tan amplia y generosa como la de hoy, el que, así, por un azar, resulta recipientario de tan insigne e inesperado honro, tiene que dedicar el homenaje a los suyos, a sus compañeros de filas cronológicas, considerando la fiesta de ahora como el primer gran reconocimiento a la tarea infatigable y lúcida de un grupo humano, nacido acaso a destiempo, pero leal a su circunstancia y encarado valerosamente a su tarea y su destino.

No constituimos, no, ninguna clase, sector o promoción de privilegio. Fuimos y somos, una meznada varia, entusiasta, tenaz y vehemente, entre cuyas manos estuvo tal vez un día la suerte del Perú, suerte dejamos desaparecer de nuestro alcance, cegados por intereses y pasiones inmediatas, por incentivos y rechazos implacables.

No hace mucho, uno de mis compañeros de promoción, situado largo tiempo en las filas más duramente antagónicas a las mías, me confesaba con sinceridad comprometente: “Cuánto habríamos podido hacer si nos hubiéramos entendido en su hora”.

Cierto. Mas nunca es tarde para recomenzar, sobretodo si, como hoy ocurre, se hallan intactas las más eficaces y altas reservas humanas, individuales y colectivas de la Patria.

Al comienzo, el núcleo central de nuestra generación se dedicó a la historia. La hazaña del Conversatorio Universitario, que tuvo por antecedente inmediato, unas impresiones del viaje al Uruguay de Víctor Andrés Belaúnde, reconoció como politos a Raúl Porras y a Jorge Guillermo Leguía. Pretendíamos allegar para el Centenario de 1921, materiales inéditos, interpretaciones novedosas



acerca de insignes personas y hechos relacionados con la Independencia. Ocurría aquello el mismo año del movimiento de la Reforma Universitaria, otra de las obras de nuestro grupo. Los mismos dirigentes de ésta se esforzaron en el Conversatorio. Creímos que si exigíamos perfección a los maestros debíamos tratar de perfeccionarnos los discípulos, y que si acusábamos de lenidad o ignorancia a los mayores, nosotros, los menores, estábamos en la obligación de evidenciar nuestra voluntad de crear. No sé si lo conseguimos en todo, en parte o en nada. Ni importa saberlo. Lo cierto es que el esfuerzo existió. Y precisamente a él se halla ligado el hecho originante del ágape de hoy. En el curso de 1919, Jorge Guillermo Leguía, Raúl Porras y yo lanzamos sendas publicaciones destinadas a constituir un volumen proemial a la historia completa de la contribución peruana a nuestra propia emancipación. Siguió trabajos publicados en la prensa diaria, por Manuel Abastos, Ricardo Vegas García, Guillermo Luna Cartland. Para encarar los gastos de impresión, realizábamos colectas después de cada conferencia. La de Jorge Guillermo, la primera, enfocó a la Lima del siglo XVIII; la de Porras, a donde José Joaquín de Larraín, la mía a los Poetas de la Revolución que era el último capítulo de mi libro “Los Poetas de la Colonia”, entonces ya listo para las prensas.

De ello han transcurrido cuarenta años. Cuarenta años en que salvo excepciones deplorables, la generación del Conversatorio, o sea la del Centenario, ha permanecido fiel a su credo cultural y peruanista, sin que en la segunda palabra se encierren limitaciones ni exageraciones de extremosidad estéril.

Alguna vez, en el fragor de la polémica, arrinconado entre cordillera ajena y soledad propia, negué rotundamente todo magisterio a los predecesores de mi generación. En verdad, muchos de nuestros maestros se estaban comportando como malos y crueles tutores. De mí llegaron a pedir que fueran suprimidos todos mis libros de las ventas achacándoles cuanto error y perversidad eran imaginables. Misere mihi.

Han pasado veinte años de aquel arranque, palmario en mi libro *“Balance y liquidación del Novecientos”* (retitulado *“Tuvimos maestros en América?”*). No me arrepiento de su contenido, ni de su circunstancia. Considerando, en cambio, el cuadro general, debo aclarar, sin que ello implique rectificación definitiva, algo que juzgo interesante.

Cuando salíamos de la adolescencia, las figuras determinantes de nuestra personalidad intelectual fueron las de Palma y González Prada. Para mí, fundamentalmente, la segunda. Además, influyeron en nosotros dos personajes de contradictoria fisonomía: Riva Agüero y Valdelomar. De Palma habríamos querido recibir el don de la animación y la gracia: de Prada, el del coraje cívico, la honestidad personal y pública y el estilo lapidario. Además, algunos admirábamos la precisión erudita y el inicial equilibrio de Riva Agüero, prototipo de conservador de avanzada hasta 1932, y la conmovedora y artística sencillez de Abraham Valdelomar.

Sería absurdo e inoperante negar a quienes fueron inspiradores de nuestra primera juventud. Si alguna vez me trabé en dura pelea con uno de ellos, fue de contrabote y sin que yo fuera el rompedor de hostilidades.

Escribí una página vitriólica, es verdad, pero página de réplica, no de ataque. De todos modos, siguiendo lamentablemente el ritmo del momento, me excedí – y aquel exceso aún me conturba y duele. En cambio ¡con qué ternura recuerdo a González Prada! Vecinos de barrio, no pasaba tarde sin que nos tropezáramos y yo le cediera el paso y él respondiera con un saludo señorial. Mi admiración le seguía como su sombra, hasta hoy. Recibí la noticia de su muerte, en el patio de Letras, estudiando no sé qué texto. Me pareció que algo se acababa en mi mundo. Fue tanto mi duelo que no me atreví a asistir a los funerales. Pasados los años, desearía y espero hacerlo así, reabrir el debate sobre el significado del Maestro, tan mal comprendido hasta hoy por algunos, tan admirado por lo demás, y tan ignorado, como todo lo que tiene más de veinte años, por las nuevas promociones, crecidas a los pechos de inevitable desarraigo.

La necesidad de definir nuestra personalidad juvenil, nos compelió a revolvernos contra nuestros predecesores, a fin de demostrar así nuestra independencia de toda presión extraña.

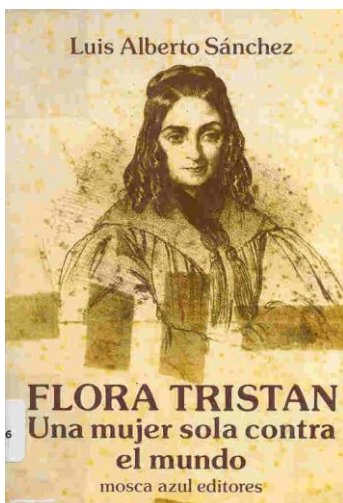
Mas, fue la vida misma, la obligante realidad social, crudamente puesta al descubierto durante la Primera Guerra, la que nos dio las más perdurable selecciones.

Fue también la vida, maestra inexorable, la que nos separó y nos enfermó internamente a los miembros de la misma promoción, con detestable saña.

Conviene olvidar tales detalles, sembradores de dudas y escisiones, para abrir paso a todo cuanto contribuya a borrar inútiles rencillas. Tal vez en pocas generaciones se han destacado con tan nítidos perfiles tendencias tan opuestas. La nuestra experimentó los efectos de uno de los más tajantes antagonismos nacionales. Es doloroso recordarlo, pero, en verdad, nos atacamos entre nosotros con terrible pasión. Aquellos a quienes nos tocó ser yunque, sufrimos implacablemente los golpes de duros y tercos martillos. Quizá fue necesario. Al menos se pudo saber quien era acero y quien hierro dulce. De toda suerte, lo revolucionarios y los reaccionarios nos enfrentamos sin tapujos, a cara descubierta. La franqueza de esas nuestras luchas juveniles han facilitado sin duda la revisión y el entendimiento por el que ahora nos encaminamos. Ello no implica renuncia de ninguna especie a las respectivas convicciones e ideales.

La experiencia nacional, la situación del mundo, la urgencia del futuro, todo nos conduce a a unir esfuerzos para mantener un clima de libertad y tolerancia dentro del cual puedan desarrollarse anchamente la democracia y su raíz, la cultura. Durante veinte años los hombres ensayaron sin fruto una política de exclusivismos. A la sombra de inconciliables conflictos medraron los dictadores y su abominable secuela de extremismos verbales, falaz escudo de arrogantes oligarquías.

Al emplear estos términos no pretendo herir a nadie, en persona. Me refiero a sistemas injustos y retardatarios que, si acaso favorecen los intereses de unos muy pocos, en cambio retrogradan y dañan a la inmensa mayoría, ésa, a la que tenemos obligación de ayudar y servir para ayudarnos y servirnos a nosotros mismos. Si, como decía Keyserling, intelligence oblige, ¿Qué más imperiosa y fecunda obligación que esta de ofrendar todo cuanto sepamos y podamos en aras de nuestro pueblo?



No es un misterio, ni deseo que lo sea, mi posición personal frente a tal realidad. A mí, como a gran parte de mi generación, crecida a los pechos del intelectualismo, me ganó pronto el quehacer. Si se quiere, la pasión. Pero una pasión de superar y de servir. Seguramente cometimos errores; ¿es que alguien no los cometió? La mutua y recíproca intransigencia juvenil respondía a los mandatos de una época nutrida de ufanos unilateralismos. A la sombra de ellos creció la violencia y se aupó la arbitrariedad. Ni la una ni la otra constituían nuestra meta; ninguno de nosotros, los de un lado y el otro, combatió por ellas. Todos padecimos las fatales consecuencias de nuestra sana, pero ineficaz pasión redentora.

Llegamos así a concluir que aunando nuestras fuerzas, dentro del más amplio y sincero respeto a las ideas de cada cual, podríamos vencer a enemigos comunes, la retardatoria dictadura, la discriminación injusta, la estéril intransigencia. Esta fiesta lo demuestra de modo palmario. Por eso, al agradecer lo que a mi persona, un pretexto, se refiere, quiero repetir una y otra vez; gracias en nombre de toda una generación para que, me atrevo a pensar, la de hoy es una noche significativa, que consagra su esfuerzo y enaltece y estimula su amplia y definitiva contribución al desenvolvimiento integral del Perú.

Sólo queda una palabra que añadir: la que atañe directamente a mi persona. No puedo negar que soy un combatiente. Ello quiere decir que arrastro un pesado lastre de deberes y compromisos públicos, ante lo que a menudo han debido ceder el paso impulsos y apetencias muy personales.

Ninguno, o casi ninguno de esos compromisos y deberes intervino jamás en mi numerosa aunque deficiente obra literaria. Nadie me pidió nunca que escribiera por consigna, ni yo pedí ni acepté mandato extraño de nadie. He sido y soy un escritor libre. La disciplina que acepté, fue a mi solicitud, como un báculo para sobrellevar las cargas. Nadie me pidió callar méritos y subrayar deméritos de otros. Si algún orgullo tengo, y dejo lo ingrato para el final, es el de haber tratado e entender a los otros, quizá con el egoísta propósito de hacerme entender. He pretendido ser claro. Mi mejor empeño como escritor ha consistido en tratar de expresar toda mi verdad en las palabras menos copiosas, más accesibles y en lo posible poco vulgares. Creo que este método implícito e instintivo coincide con el temple de mi generación, una de las menos gárrulas de nuestra experiencia cultural. Si, como alguien me ha reprochado, he escrito mucho, pido a mis acusadores tener en cuenta que soy sin remedio un escritor de raza. Y que a escribir he consagrado el tiempo que a menudo se dedica a otros menesteres, porque sólo escribiendo ahorno mis pensamientos y entretengo agonías que de otro modo pudieron alguna vez llegar a la desesperanza. Debo a mi condición de escritor mis placeres más hondos y no pocas de mis desdichas. Creo en mi duro y dulce oficio no sólo como un destino y derivativo individual, sino como una de las funciones más bellas, ennoblecedoras y útiles de un pueblo. A los cuarenta años de sobrellevarlo no le he sido nunca infiel. Indisoluble vínculo, irrevocable vocación que hoy, con más ayer que mañana ante los ojos, me comunica de nuevo su sagrado frenesí y, acreciendo la fe, me permite sentir muy cerca,

rodeándome con calor de reganado hogar, un confortante coro de voces hermanas, el vaho pascual del insólito concurso de tantos Reyes Magos en torno de la mesa.

Señores:

Desde el fondo del tiempo y del alma, muchas gracias.